

En París había un comité central compuesto de cuarenta y tres jefes de los federados de esta ciudad y de los departamentos, reunidos bajo los auspicios y en el recinto de los Jacobinos para concertar entre ellos la dirección que se había de dar á los movimientos. Este era el cuartel general de aquel campamento de la revolución; demasiado numeroso para que en sus reuniones hubiese el misterio y la unidad necesarias en las conjuraciones, este comité escogió en su seno un directorio ejecutivo y secreto, compuesto de cinco miembros de una capacidad y de una decisión conocidas, al cual se le encargó de la dirección de lo que se resolviese y de los preparativos necesarios al intento, cuyos cinco miembros eran: Vaugeois, vicario del obispo de Blois; Debessé, federado del Drome; Guillermo, profesor en Caen; Simon, periodista en Strasburgo, y Galissot de Langres. Estos se unieron en seguida á los directores del movimiento en París, que tenían con anticipación los hilos de la agitación en los diferentes cuarteles de la capital, y á los principales demagogos de los arrabales. Eran éstos el periodista girondino Carra, Fournier el Americano, Westermann, Kieulin el Alsaciano, Santerre, Alexandre, Lazowski, polaco naturalizado en Francia por su fanatismo republicano; Antonio de Metz, antiguo miembro de la Asamblea constituyente; Lagrey y Garin, electores de 1789.

## III

La primera sesión de este directorio se tuvo en una taberna de la calle de San Antonio, titulada *El Sol de Oro*, cerca de la Bastilla, en la noche del jueves al viernes 26 de Julio. Gorsas, redactor de *El Correo de Versalles* y uno de los jefes de la columna que había salido el 6 de Octubre para traer al rey á París, unido después con los girondinos para detener el movimiento que había acelerado, compareció á las dos de la madrugada en la taberna para hacer prestar á los conjurados el juramento de morir ó conquistar la libertad. Fournier el Americano llevó una bandera con esta inscripción: *¡Ley marcial del pueblo soberano!* Carra fué desde allí á casa de Santerre á recoger quinientos ejemplares de un cartel que no contenía más que estas palabras: *¡Mueran los que tiren contra las columnas del pueblo!*

La segunda sesión tuvo lugar el 4 de Agosto, en *El Cuadrante Azul*, en el baluarte de la Bastilla. Camilo Desmoulins, agente y pluma de Danton, asistió también á aquel conciliábulo. A las ocho de la tarde, los conjurados, no habiendo resuelto nada, se fueron para adquirir más amplias noticias á la habitación del exconstituyente Antoine, calle de San Honorato, frente á la iglesia de la Asunción, en la misma casa que habitaba Robespierre. Madame Duplay, sectaria acérrima de las ideas de éste, temiendo ver comprometida la vida de su huésped por un conciliábulo que designaría su casa como un foco de insurrección, subió á medianoche á ver á Antoine, y le preguntó enfadada si quería hacer degollar á Robespierre. «¡No tenemos otra cosa que hacer que pensar en él!—respondió Antoine.—Que se oculte si tiene miedo. Si alguno ha de ser degollado, seremos nosotros.»

Carra escribió por sí mismo en casa de Antoine el último plan de insurrección, la marcha que debían seguir las columnas y el modo de atacar el palacio. Simon de Strasburgo trasladó este plan enviando á medianoche copias de él á Santerre y á Alexandre, comandantes de los arrabales. Estando mal preparada la sublevación,



Alistamientos en la plaza del Hotel de Ville.  
Pág. 460.

fué preciso diferirla hasta el 10. En fin, la noche del 9 al 10, los miembros del directorio se subdividieron en tres centros insurreccionales y se reunieron en tres sitios diferentes y á la misma hora, á saber: Fournier el Americano con Alexandre, en el arrabal de San Marcelo; Westermann, Santerre y otros, en el de San Antonio; Carra y Garin, en el cuartel de los marseleses, en la habitación misma del comandante, donde deliberaron en presencia de la tropa. También tenían lugar al mismo tiempo otras reuniones de realistas para concertar la salvación del rey, á pocos pasos de distancia de estos conciliábulos. Un emisario de una de estas reuniones contrarrevolucionarias, encargado de unos papeles importantes, equivocó la puerta, entrando en la casa donde los republicanos conspiraban; se reconoció el error al abrir los pliegos que aquél llevaba. Carra propuso que se asesinasen al mensajero á fin de conservar el secreto de la conjuración republicana que la casualidad le había descubierto; pero un crimen aislado era inútil en el momento en que el toque de rebato iba á revelar la conspiración á todo un pueblo.

La campana sonó en efecto en algunas torres de los cuarteles más excéntricos de París. Una página de íntima confianza arrancada á los recuerdos de la joven esposa de Camilo Desmoulins, Lucila Duplessis, y manchada con la sangre de esta víctima, ha conservado á la historia las impresiones ingenuas y siniestras que los



primeros sonidos de la campana causaron en los conspiradores del 10 de Agosto. Mientras se armaban y disponían para el combate ó para la muerte, se leen sus emociones íntimas á través de los papeles que representaban. El 8 de Agosto, Lucila volvió del campo á París para estar al lado de Camilo Desmoulins la víspera del peligro, porque adoraba á su marido. El 9, dieron una comida de familia á Freron, á Rebecqui, á Barbaroux y á los principales jefes marseleses. La comida fué alegre como las impresiones de la juventud; la presencia de aquella hermosa mujer, la amistad, el vino, la flores, el amor dichoso, las ocurrencias de Camilo y la esperanza de una próxima libertad, ocultaban la muerte que podía traer aquella noche. Todos se separaron para ir á buscar su suerte.

Lucila, su madre madama Duplessis y Camilo Desmoulins fueron á casa de Danton, y encontraron á la esposa de éste llorando; su hijo lloraba también mirando á su madre, como si tuviese el presentimiento de la elevación súbita, de los crímenes, y finalmente del suplicio al que aquella noche fatal iba á conducir á su padre. Danton estaba sereno, resuelto, casi jovial, pero dominado por un pensamiento secreto y grave, feliz por la aproximación de un gran movimiento é indiferente al resultado con tal de salir bien la acción por su talento. Aún no estaba bien seguro de que el pueblo se levantara en una masa imponente, ni de que el movimiento pudiese tener lugar aquella noche. Madama Desmoulins aseguraba que sí, y que quedaria triunfante. Encontraba sus pronósticos en su dicha, y los afirmaba risueña. «¿Se puede reír tan ligeramete en unos momentos tan terribles?» — le dijo muchas veces madama Danton. «¡Ah! — respondió la jóven republicana, que cambiaba de fisonomía y de acento así como de impresiones. — Esta alegría insensata me presagia tal vez que derramaré muchas lágrimas esta noche.»

El cielo estaba sereno; las mujeres bajaron á la calle para respirar el fresco, y dieron algunos paseos por ella. Había mucho movimiento. Algunos *sans-culottes* pasaban gritando *¡Viva la nación!* Despues pasó también alguna tropa de caballería, y en fin, un gentío inmenso. Lucila empezó á tener miedo. «Vámonos», — dijo á sus compañeras. Madama Danton, acostumbrada á los tumultos en medio de los cuales vivía su marido, se burlaba del temor de Lucila. Sin embargo, á fuerza de oírle repetir que estaba temblando, concluyó por temblar también. «La campana va á tocar», — se dijeron las mujeres, y se volvieron á casa de Danton. Los hombres se armaron. Camilo Desmoulins llegó entonces con un fusil, y su mujer se metió en una alcoba, se tapó la cara con las manos, y se puso á llorar. No obstante, no queriendo revelar su debilidad en público, ni disuadir á su marido en voz alta de tomar parte en el combate, buscó medio de expresarle en secreto sus temores. Camilo tranquilizó á su mujer, jurándole que no se separaría de Danton. El jóven Freron, amigo de Camilo y que adoraba á Lucila, parecía resuelto á perecer. «Estoy cansado de la vida, — decía, — no busco sino la muerte.» El paso de las patrullas por las calles hacía creer á madama Desmoulins que veía á su marido y á sus amigos por la última vez; así es que fué á ocultarse en la sala inmediata, que estaba poco alumbrada, para no hallarse presente á la salida de los hombres. Cuando hubieron salido, volvió, se sentó en una silla al lado de una cama, reclinó la cabeza sobre los brazos y se durmió, rendida de llorar.

Despues de una ausencia de algunas horas, Danton volvió para acostarse; á medianoche vinieron á buscarle, y se fué al ayuntamiento. La campana de los

Franciscanos tocaba por orden de Danton, mientras que su voz, como otra campana, despertaba á los marseleses en su cuartel. El toque de rebato duró mucho tiempo. Sola, bañada en lágrimas y con la cabeza oculta entre su manos, madama Danton escuchaba el eco lúgubre y febril de las campanas. Danton volvió de nuevo; ciertos hombres fieles iban á cada momento á anunciarle los progresos de la sublevación. A la una, Camilo Desmoulins volvió también, abrazó á su mujer y durmió algunos instantes, saliendo de nuevo ántes que fuese de día. Por la mañana se oyeron varios cañonazos; á este estruendo, madama Danton palideció y cayó en el suelo desmayada. Las mujeres, al ver esto, se asustan, prorrumpen en reconvenções, y dicen que Camilo Desmoulins, con sus escritos y con sus ideas, es la causa de todo. Al mismo tiempo se oyen llantos, lamentos y gemidos en la calle, creyendo sus vecinos que todo París estaba inundado de sangre. Camilo Desmoulins volvió y dijo á Lucila que la primera cabeza que había visto rodar era la de Suleau. Este era escritor como Camilo; sus crímenes eran su opinión y su talento. Este presagio hizo palidecer y llorar á Lucila.

## IV

Durante aquella terrible noche, á las mismas horas y á poca distancia de la casa de Danton, los tañidos de la campana llevaban el terror y la muerte al oído de otras mujeres que velaban, rezaban y lloraban también despavoridas por los peligros que amenazaban á su marido, á su hermano y á sus hijos.

La reina y madama Isabel escuchaban desde los balcones de las Tullerías los murmullos, ya crecientes, ya en disminución, de las calles de París. Su corazón se comprimía ó se dilataba según los síntomas de agitación de la capital les infundían esperanza ó consternación. A medianoche las campanas empezaron á dar la señal de la reunión. Los suizos se formaron en batalla como murallas de hombres; el ruido de las campanas había disminuido, y los confidentes fueron á avisar á palacio que las reuniones se efectuaban con trabajo, y que *la campana no conseguía nada*. La reina y madama Isabel fueron á descansar vestidas sobre un canapé, en un gabinete de los entresuelos cuyas ventanas daban á un patio. El rey, á quien María Antonieta instaba para que se pusiese el chaleco acolchado que le había hecho preparar, lo rehusó con nobleza. «Esto es bueno — dijo — para librarme del puñal de un asesino en un día de ceremonia; pero en un día de combate, en que todo mi partido expone su vida por el trono y por mí, sería una cobardía no exponerme lo mismo que nuestros amigos.»

El rey volvió á su aposento, y se encerró con su confesor el abate Hebert para purificar su alma y para ofrecer su sangre en holocausto. Las princesas se quedaron solas con sus damas. Madama Isabel, quitándose el pañuelo del pecho ántes de acostarse en el canapé, sacó de su seno un alfiler de cornerina sobre el que la piadosa princesa había hecho grabar las siguientes palabras: *Olvido de las ofensas, perdón á las injurias*. «Yo temo — dijo sonriendo melancólicamente — que esta máxima no sea verdad sino para nosotros; pero es un precepto divino, y no por eso debe sernos ménos sagrado.»

La reina hizo sentar á sus piés á una de las señoras que quería más; las dos princesas no podían dormir, y hablaban en voz baja de su dolorosa situación y de



sus temores por la vida del rey. A cada instante una de ellas se levantaba, se aproximaba á la ventana, miraba, escuchaba el movimiento, los rumores sordos, y hasta el silencio pérfido de la ciudad. Oyóse en esto un tiro en uno de los patios; entónces se levantaron sobresaltadas y subieron adonde estaba el rey para no separarse de él; pero aquello no fué sino una falsa alarma. Una corta noche separaba aún á la familia real del día fatal que iba á aparecer. Aquella tarde y su noche se emplearon en preparativos militares para defenderse del asalto que se esperaba á la mañana siguiente.

El palacio de las Tullerías, más bien casa de lujo y de ostentacion del trono que su verdadera mansión, no tenía ninguna de esas defensas con que las soberanías militares y feudales habían fortificado antiguamente sus residencias. Destinado á las fiestas y no á la guerra, el cincel de Filiberto Delorme lo había adornado más para el placer de la vista que para intimidar al pueblo. Extendiendo sus ligeras alas desde el dique del Sena á las calles más tumultuosas de París, entre patios y un jardín flanqueado de azoteas aéreas sostenidas por columnas, rodeado de graciosos pórticos accesibles por dos ó tres escalones que los separaban del suelo de los jardines, atravesado en el centro por un pórtico inmenso que va de una parte á otra, y bajo el cual salían las gradas de la escalera principal; en fin, abierto por todos lados por altas y anchas ventanas que permitían al pueblo registrar con sus miradas hasta el interior de los aposentos, este palacio abierto, con galerías, salas de grande perspectiva, teatro, capilla, estatuas, cuadros y museos, parecía el salón de Francia, más bien que la fortaleza del trono. Era el palacio de las artes en una ciudad libre y pacífica.

Algunas construcciones pesadas, ordinarias y sin elegancia se habían hecho, bajo la influencia del mal gusto de Luis XIV, en las dos extremidades de este palacio de los Médicis. Estas fábricas chocaban, por su poca gracia, por sus pisos acumulados y por los techos desproporcionados que los achatan, con la arquitectura sabia y lógica de Italia, que armoniza las líneas como el músico armoniza las notas, y que hace de sus monumentos la música de los ojos. Estos dos edificios macizos, reunidos al palacio central por dos cuerpos rebajados, se llamaban el uno pabellón de Flora y el otro pabellón Marsan; el primero tocaba al Sena y la extremidad del Puente Real; el pabellón Marsan tocaba á unas calles estrechas y tortuosas que reúnen el Palacio Real con las Tullerías.

Un jardín inmenso, plantado regularmente de árboles antiquísimos, refrescado por surtidores de agua, entrecortado por cuadros de yerba en donde se levantan sobre pedestales estatuas de mármol, y cubierto de arbustos y flores, se extiende á lo largo de las orillas del Sena hasta el pabellón Marsan en toda la fachada del palacio, y desde éste hasta la plaza de Luis XV, que le separa de los Campos Eliseos. Los paseos de este jardín, anchos y largos como los pensamientos reales, parecían haber sido trazados no para el paseo de una familia ó de una corte, sino para las columnas de todo un pueblo. Un ejército entero puede acampar en el espacio comprendido entre el palacio y los árboles. Dos anchos terraplenes flanquean este jardín en toda su extension: el uno de ellos por la orilla del río, y reservado á la familia real; Luis XVI había hecho construir un pabellón rústico y plantar un pequeño jardín para ejercicio y distraccion del Delfín; el otro, llamado terraza de los Fuldenses, sigue la orilla del jardín desde el pabellón Marsan hasta

el terraplen del invernadero de los Naranjos, que describe un semicírculo á la extremidad del jardín y descende por una rambla al puente levadizo.

Este puente está á la entrada del jardín de las Tullerías por el lado de los Campos Eliseos, cae sobre un foso profundo y está defendido por un cuerpo de guardia. La azotea de los Fuldenses tiene dos escaleras á alguna distancia del pabellón Marsan; la una conducía ántes á un café que daba al jardín y que se cerró por este



Westermann.

lado desde los alborotos; se llamaba café Hottot, y era el punto de reunion de los oradores del pueblo, á quienes la intermediacion de la Asamblea nacional atraía á aquel punto desde que ésta se había establecido en París. La otra escalera conducía del jardín á la Asamblea por un paso estrecho, oscuro é infecto, que el rey tenía que atravesar á pié cuando iba de ceremonia en medio de los legisladores.

Por el lado del Carrousel, cuatro patios separados los unos de los otros y del Carrousel mismo por edificios para distintos objetos, bajos y desunidos entre sí, y muros en los cuales había algunos cuerpos de guardia, formaban el palacio. El primero de estos patios por el lado del río servía de entrada al pabellón de Flora, y se llamaba el patio de los Príncipes; el segundo era el patio Real, que daba frente al centro del palacio y conducía á la escalera principal; el tercero era el de



los Suizos; estas tropas tenían allí su cuartel; en fin, el cuarto correspondía al pabellon Marsan y llevaba este nombre. El pabellon de Flora se comunicaba por una puerta del piso principal de las Tullerías con la extensa galería del Louvre, que sigue el dique del Sena desde este pabellon hasta la columnata. Esta galería está destinada á ser el museo de Francia y á contener las obras maestras de pintura y escultura antiguas ó modernas que los siglos se transmiten como testimonio de su civilización y como producto intelectual del genio. Previéndose una invasión del pueblo que hubiera podido escalar el Louvre, se había cortado el piso interior de esta galería á distancia de sesenta pasos de las Tullerías; esta cortadura hacía la agresión imposible por el primer piso. Un puesto de treinta suizos guardaba noche y día el espacio comprendido entre la cortadura y el pabellon de Flora.

Tal era la disposición del punto en que el rey estaba condenado á recibir la batalla del pueblo, sitiado en este palacio sin fosos, sin murallas, sin espacio para ejecutar los movimientos necesarios y sin retirada. Las Tullerías se edificaron ó para reinar ó para morir.

## V

Lo inminente del ataque era una cosa cierta para todos los partidos. Petion hacía algunos días que iba con frecuencia á palacio para conferenciar con los ministros y con el rey mismo sobre los medios de defensa del edificio y de la Constitución. ¿Iba allí á ejecutar sinceramente los deberes que sus funciones le imponían? ¿Iba á gozarse anticipadamente en las angustias de la familia real y en la impotencia de sus defensores? Su complicidad secreta con los conjurados, sus resentimientos personales contra el rey y sus relaciones con Roland, dejan las conjeturas tan fluctuantes como fluctuante era el carácter de este hombre.

En la tarde del 9 fué Petion á la Asamblea, anunció que la asonada se verificaría aquella noche, y dió por sí mismo la orden á Mr. de Mandat de reforzar las guardias y rechazar la fuerza con la fuerza.

Mr. de Mandat, uno de los tres jefes de división que mandaban por turno la guardia nacional, y que estaba encargado por esta razón del mando de las Tullerías, era un noble de las cercanías de París, capitán de las guardias francesas ántes de la revolución, siendo despues comandante de batallón de la guardia nacional en tiempo de Lafayette, de cuyas opiniones participaba. Adicto á la Constitución por sus ideas, y por su corazón al rey, creía cumplir sus deberes de opinión y de soldado defendiendo en Luis XVI al rey de sus abuelos y al jefe legal de la nación. Hombre valiente, pero de pocos recursos intelectuales, era más propio para morir que para mandar bien; el rey, sin embargo, se fiaba con razón en su afecto. El jueves 9, Mandat dió orden á diez y seis batallones de la guardia nacional para que estuviesen prontos á marchar. A las seis de la tarde se triplicaron todos los puestos de palacio. Hacia dos días que el regimiento entero de los guardias suizos, compuesto de novecientos hombres, había llegado, dejando sólo un destacamento de algunos hombres en su cuartel de Courbevoie. Era su jefe Mr. de Maillardez, y se les había alojado en el palacio de Brionne y en las caballerizas del pabellon Marsan. A las once se pusieron sobre las armas y se les situó en los puestos avanzados á la salida de todas las avenidas.

Treinta guardias nacionales estaban con los suizos en el patio Real, al pié de

la escalera principal, con orden de Mandat para rechazar la fuerza con la fuerza, tal como Petion mismo se la había dado al comandante general. París carecía de tropas de línea, los generales Wittenkoff y Boissieu, que mandaban la 17.<sup>a</sup> división militar, en la que París está comprendido, no tenían á sus órdenes sino la gendarmería á caballo; la de infantería permanecía en sus cuarteles, á excepcion de ciento cincuenta hombres situados en el palacio de Tolosa para proteger en caso necesario el tesoro real. Treinta hombres de la gendarmería de las cercanías de París estaban apostados al pié de la escalera del patio de los Príncipes. La gendarmería á caballo contaba con seiscientos jinetes mandados por Mrs. de Rulhiere y Verdier. A las once de la noche, esta caballería se formó en batalla en el patio del Louvre. Un corto escuadrón de gendarmería á caballo llegó del departamento y se situó en el Carrousel. En el patio Real había cuatro piezas de artillería, delante de la puerta grande, situándose además una en el patio de los Suizos, otra en el de los Príncipes, otra en el de Marsan, dos en el puente levadizo, una á la embocadura del puente Real, y dos á la puerta del Picadero; en todo doce piezas. Los artilleros eran voluntarios de la guardia nacional, envanecidos por la superioridad de su arma y poco dóciles á la obediencia.

Los diez y seis batallones de la guardia nacional llegaron por destacamentos, con intervalos de una hora; reunidos con trabajo, no formaron en su totalidad sino unos dos mil combatientes. Los oficiales suizos fraternizaban con los oficiales de estos destacamentos á medida que iban llegando, y les hacían presente que sus soldados, llenos de deferencia por la nación, seguirían el ejemplo de la guardia nacional, y que *no harían ni más ni menos que los ciudadanos de París*. Los suizos formaron en masa en el vestíbulo; su bandera estaba allí. Sentados en bancos y en los peldaños de la escalera, con los fusiles en las manos, pasaron en un profundo y marcial silencio las primeras horas de la noche. El reflejo de las luces en las armas, el golpe de las culatas que se oía de cuándo en cuándo en el mármol, y el *¿quién vive?* en voz baja de los centinelas, daban al palacio el aspecto de un campo al frente del enemigo. Los uniformes rojos de estos ochocientos suizos, sentados ó tendidos sobre las mesetas, en los escalones y las rampas, presentaban con anticipación la escalera de los Príncipes como un torrente de sangre. Indiferentes á toda causa política, republicanos prontos á combatir contra la república, estos hombres no tenían más alma que la disciplina ni más opinión que el honor. Iban á morir por su palabra, y no por sus ideas ó por su patria; pero la fidelidad es una virtud por sí misma. Esta indiferencia de los suizos por la causa del rey ó del pueblo hacía su heroísmo no tan santo, pero sí más militar. No tuvieron la abnegación del patriota, pero sí la del soldado.

A excepcion de estos suizos mandados por los intrépidos oficiales Maillardez, Bachmann y D'Erlach, las otras tropas esparcidas por los jardines y en los patios, tanto gendarmería como artilleros y guardias nacionales, no presentaban ni número, ni unidad, ni adhesión. El soldado voluntario no conocía á sus oficiales, y el oficial no contaba con sus soldados. El valor era individual como las opiniones, y el espíritu de cuerpo, esta alma de las tropas, les faltaba, reemplazado por el espíritu de partido.

Pero las opiniones, en lugar de ser la fuerza, son el disolvente de los ejércitos; cada uno tenía la suya y trataba de hacerla prevalecer en las controversias que se